

LOS INTELLECTUALES Y LA CRISIS MORAL⁷⁶

México ha escuchado en los últimos meses dos grandes discursos: el del licenciado Padilla en la inauguración de la Conferencia Internacional del Chapultepec; y el de don Jaime Torres Bodet, con motivo de su ingreso a la Academia Mexicana Correspondiente a la Española.

Además de la belleza de este último discurso, hay que admirar su precisión y su profundidad. No sigue los caminos trillados, no repite los lugares comunes de nuestros ideólogos, sempiternos enamorados de lo nebuloso y de lo abstracto, ni incurre tampoco en la vulgaridad de querer explicarlo y arreglarlo todo con la técnica, con “la revolución industrial” y con novísimas y deleznable estructuras y transformaciones económicas.

No; el discurso de Torres Bodet es humano, profundamente y esencialmente humano. En vez de cometer el crimen de subordinar el hombre a la técnica, a la ciencia y a lo económico, eleva al hombre sobre lo puramente instrumental y pone esto —ciencia, técnica, industria y economía— al servicio del hombre.

El problema candente de nuestro tiempo —exclama él— es la crisis moral. Y en seguida recalca: esa crisis constituye, desde hace muchos años, algo mucho más alarmante que la crisis económica y que la misma pavorosa crisis bélica. Esta dos últimas son, en el fondo, consecuencias o derivaciones de la primera.

El mérito principal de la pieza oratoria de Torres Bodet, radica en su valentía para plantear así la cuestión, y en no detenerse en eso, como pudo hacerlo, si no en decidirse a acusar o a señalar a los responsables.

La responsabilidad recae sobre todos —grandes y pequeños, sabios e ignorantes—, pero sería pecar de cobardía y ceguera no reconocer que, entre todos, los más responsables son los intelectuales ya que muchos de ellos incurrieron en la culpa gravísima, que Torres Bodet subraya, de renunciar por egoísmo a la misión de orientadores.

⁷⁶ *El Universal*, 18 de abril de 1945.

Los intelectuales se encerraron en su torre de marfil, eludieron el servir a los demás, se apartaron de la vida, se dedicaron a la abstracción y a las teóricas y estériles elucubraciones, “a jugar con la metáfora”, a cultivar una literatura amorosa y decadente, por obra de ellos sobrevino, en forma dolorosa y terrible “el divorcio entre la vida y la inteligencia, entre la política y la cultura”. Y algo todavía peor: el divorcio entre la inteligencia y la moral.

Muchos literatos y muchos intelectuales se consideraron desligados de toda norma. “Antes que los caracteres, la virtud, la pasión creadora, la entereza y la viril elegancia de la conducta huyeron de las páginas de los libros.” Fue moda literaria de la de “copiar los retratos bajos y los perfiles ignominiosos”. Se llegó a proclamar “como único realismo, la eliminación de todos los ideales”.

Las masas, privadas así de genuinos y honestos orientadores, se precipitaron por esa misma pendiente de amoralidad. Se entregaron, lamentablemente, en manos de “los simuladores —seudo filósofos y seudo artistas— que transformaron pronto la ciencia pura en artera táctica de agresión, el talento en habilidad y el arte y el pensamiento en sistemas desenfundados de propaganda”.

Se proclamaron solo derechos y se olvidó el valor intrínseco, imprescindible del deber. Se le quitó a la vida su verdadero significado: “el cumplimiento de una misión”.

Contra esas mutilaciones, contra esas transgresiones, se levanta la protesta de Torres Bodet. Hay que devolver a la vida y a la cultura su sentido integral, hay que hacer servir a la inteligencia para la realización del bien. A las Cartas Políticas y Económicas hay que hacer la adición de otra Carta Fundamental: la de los valores del espíritu,

“aquellas en cuyas cláusulas se establezca el orden de los postulados morales de la conducta, aquella en la cual, para convivir, todas las razas y todos los Continentes, se pongan por fin de acuerdo sobre los propósitos de una unión que sería a lo sumo, precaria alianza de intereses políticos regionales, si no consiguiéramos sustentarla sobre una alianza suprema sobre el espíritu”.

“O para decirlo con términos diferentes: no se libera tan solo al hombre afianzándolo en el uso de sus derechos. Se le libera —y acaso con mayor precisión— colocándolo por encima de la esclavitud oprobiosa de sus instintos y haciéndole comprender sus obligaciones para consigo, para sus iguales, para con la Patria y para con toda la humanidad.”

Estas orientaciones de suprema claridad las entiendo y debo tomarlas como otras tantas advertencias para nuestros educadores.

Deben ellos comprender que la educación, para no ser nociva, tiene que abarcar la inteligencia y el alma, la mente y la voluntad, las facultades reflexivas, las volitivas y las sentimentales. Debe hablar al corazón y no sólo al cerebro.

La instrucción por sí sola no basta —se ha repetido hasta el cansancio. Y sin embargo, se sigue incurriendo, de hecho, en el eterno error: se instruye solamente, pero no se educa.

Se olvida si que no son los hombres puramente calculadores y reflexivos, no son sólo los sabios y los técnicos los que hacen falta. Lo que se necesita, ante todo, son hombres dotados de fuerte y sana moralidad.

Dos pensadores eminentísimos, dos hombre geniales lo decían ya desde la lejanía de los tiempos, como si previeran, como si atisbaran el espantoso derrumbe que hoy nos aterra y nos aplasta.

Goethe, el incomparable, sostenía con firmeza de vidente: “Todo lo que hace libre nuestro ánimo, sin darnos el dominio de nuestro carácter, es pernicioso. La cultura puede hacer seres más brutos, y sobre todo más peligrosos, que el primitivo estado de naturaleza”.

Y Montesquieu, el pensador eximio, precisaba:

“La ciencia sin religión sólo da ingenio, finura, astucia; pero esto duplica la potencia y la superioridad del hombre para el más, si se le da una falsa dirección. Semejante ciencia, sin la moral, no sería apta sino para formar falsarios, revoltosos, enemigos de la ley. **CONVIERTESE ENTONCES LA CULTURA EN UNA ARMA QUE EL EDUCANDO PUEDE ESGRIMIR CONTRA LA SOCIEDAD.** Téngase entendido que, con la ciencia sin religión, sólo se tendrán seres viciosos, de una corrupción, esto sí, circunspecta y velada; delincuentes de buen tono y de agradable trato. No es la aritmética, no es el álgebra, no es la sintaxis, ni el dibujo, ni la geografía, ni la moral: estos conocimientos adoman y enriquecen al entendimiento y la memoria; pero no pasan de allí. Sólo la religión es el código regulador de la vida; sólo ella vuelve a los hombres prácticamente morales, haciéndolos mejores.”